

Cuando la falta de vergüenza se topa con la insolidaridad

Estos días ha saltado la noticia de que El Rubius, histórico youtuber español que cuenta con millones de seguidores, ha decidido mudarse a Andorra con el fin de librarse de la presión fiscal a la que, dice, estaba sometido. Al fin puede respirar. Se ha librado de esa pesada losa que le comprimía el pecho. Como él, muchos otros creadores de contenido en la red se han mudado al país vecino por las mismas razones.

Pobres ricos. Ante el cruel e incomprensivo gobierno, que les exige que contribuyan al estado del bienestar del que disfrutan con una aportación que supone una quinta parte de los millones que ganan, han huído en busca de libertad. Esa ansiada libertad la han encontrado pagando solamente un 10% de sus -abultados- ingresos. Se sienten perseguidos y oprimidos. Es por ello que han elegido la vía de la victimización. Se han erigido en una suerte de mártires de la vida moderna. Ellos, a diferencia de los ricos de toda la vida, no lucen sus ganancias. No llevan una vida opulenta llena de lujos. Amasan fortunas y viven en mansiones, pero no presumen de ello. Simplemente son personas que están hartas de la injusta Hacienda española, que ha cometido la desfachatez de reclamarles lo que les corresponde. Como a cualquier hijo de vecina.

En un momento crítico para nuestro país, con una sanidad casi desbordada y al límite del colapso, la acción de El Rubius y demás youtubers lanza un mensaje peligroso. Un mensaje de egoísmo e insolidaridad. Un mensaje donde prima el bienestar individual al colectivo. Una acción que denota una crisis de valores cada vez más patente en nuestra sociedad. La deriva neoliberal que venimos arrastrando durante años ha permeado entre la gente, sobre todo la gente joven.

Y es ahí donde está el problema. Al margen del dinero que El Rubius y su trupe dejan de aportar a nuestras arcas con el fin de mejorar nuestros servicios públicos -de mejorar, en definitiva, nuestra vida-, el mayor efecto negativo que tiene esto es el ejemplo que da a todas esas personas jóvenes que lo siguen y veneran cual mesías, que lo defienden pensando que hace lo correcto ya que creen que algún día ellos estarán donde está él y que, de ser así, tampoco ayudarían a su país. Podría haber utilizado su influencia para lanzar otro discurso. Podría haber hecho lo contrario y pagar lo que debe para así, tal vez, mejorar la vida, aunque fuera un poco, de alguna de esas personas gracias a las cuales ocupa la posición de privilegio de la que goza hoy. Pero no.

Se ha apelado tanto a la meritocracia y a la cultura del esfuerzo que hemos perdido la conciencia colectiva de quiénes somos, de cuál es la posición y lugar que ocupamos en la sociedad. Hemos perdido, también, la capacidad de empatía. Absortos como estamos en nuestros propios quehaceres, el narcisismo patológico al que vivimos sometidos, junto a un capitalismo voraz que lo consume todo, incluido nuestro tiempo y energía, ha acabado convirtiéndonos en máquinas: en seres que no sienten ni padecen, solo ejecutan.

Aún estamos a tiempo de reaccionar. Hagámoslo. Evitemos convertirnos en máquinas.